

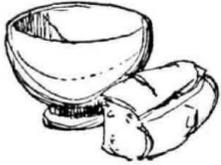
TODO EL MUNDO ES MISION

Sobre las víctimas

LOS CONTRABANDOS

La opinión pública mundial ha visto sacudida su emoción en estas últimas fechas por los luctuosos sucesos del Congo. La barbara y sanguinaria actitud de unos salvajes a quienes alguien predicó el odio al blanco es una suerte de racismo tan repugnante como la de signo contrario que, más civilizada, nos hemos casi acostumbrado a contemplar.

Mucho más trágico es que este sadismo, dirigido por quien sea, se ha cebado en las personas físicas de aquellos que más hicieron por la dignidad física y espiritual de los nativos. La sangre de los asesinados no clama venganza ni odios. Está regando el suelo y el amor hacia sus propios verdugos, a gente irresponsable que recibieron la herencia de un irreflexivo temor y de un activismo que, con hechos como el de estos asesinos, se condena a sí mismo.



Han muerto los más inocentes. Pagando culpas ajenas. Que su ejemplo transparente valga para todos. Para que aquellos que propagan la doctrina del odio y la eficacia materialista sobre las vidas de los hombres comprendan que este no es el camino. Que el paraíso en la tierra se gana con amor, no con destrucción. Y también que sirva este ejemplo para los traficantes que sembraron la semilla que está fructificando desoladoramente, para que les llegue ese punto de remordimiento a la hora de recortar los dineros sudados y maldecidos por otros.

Es muy interesante una visión de la Historia Universal hecha teniendo en cuenta ante todo a quienes, a través de ella, han sido los últimos de la comedia humana, quienes han pagado los gastos de ella. Ahora en el Congo ex-belga varias docenas de blancos, entre ellos varias religiosas compatriotas nuestras, han sido brutalmente asesinadas. La potencia del mal en el mundo es, a veces, sobrecogedora. También el poder de la estupidez, como en este caso. ¿Cómo exigir responsabilidades a esos pobres salvajes, infrahombres por la injusticia de otros hombres, de su repugnante crimen? Todo indica que han sido juguetes de fuerzas políticas que están operando en Africa, abusando de su superioridad intelectual sobre esos pueblos africanos, proyectando su odio a través de esos pueblos. El jefe del Gobierno del Congo ha acusado a China comunista, a Egipto y a Argelia de incitar a esos asesinos. Puede que tenga razón, puede que no la tenga. No importa ahora la política. Es una cuestión ética. El hombre moderno se siente atraído más que por el programa de un partido, por una actitud ética. Y el programa político más perfecto es pura vileza si no siente luego escrúpulos ante la siembra del odio y del asesinato. Nunca hay nada que los justifique. Pero hasta ayer mismo se ha tenido por un hábil político al hombre que sabía jugar con las pasiones humanas, azucar a unos hombres contra otros, aprovechando rencillas, resentimientos o viejos odios. La historia de la llamada civilización europea nos suministraría varios ejemplos. También la historia del colonialismo.

Peró los que pagan son siempre los inocentes. Unos médicos, unas familias que se ganan la vida honestamente, unas religiosas o religiosos que amaban, sin dudar, a sus mismos asesinos. Que el día antes les habían defendido quizás ante los viejos racistas europeos y les habían hecho confianza. Los verdugos una vez más no saben lo que se hacen. Y los eternos realistas, calculadores, frios, soberbios, desconfiados del hombre no diré que se alegran de ese "escarmiento de ingenuos", pero si que se doctoran de profetas y dicen: "Ya lo decíamos nosotros. Con esta clase de gentes sólo debe usarse el palo", sin darse cuenta que han sido los palos operando en Africa, alzando las manos asesinas quiza.

No voy a descartar, no lo he hecho desde el principio, la posibilidad, la absoluta seguridad de un odio, de un racismo antiblanco, de una persecución antirreligiosa, cuidadosamente sembrados por agitadores políticos y concretamente comunistas chinos sobre todo, antioceánicos y antirreligiosos. Los nuevos pueblos que afloran a la historia están tentados de xenofobia. Y los nacionalismos pueden augurar a la humanidad de la segunda mitad del siglo XX días tan dramáticos como los nacionalismos europeos. Sin embargo la propia experiencia europea debería bastar para ahorrar a los nuevos pueblos muchos horrores. La experiencia de la violencia no debería serles impuesta a esos inocentes pueblos de Africa o del Asia. No debería haber políticas, ni ideologías a la hora de ahorrar muerte y sufrimiento a los hombres. Sin embargo hay políticas e ideologías. Y los comunistas chinos, por ejemplo, con una perfecta ideología de mandarín sienten un desprecio olímpico por el hecho de que quede merma de su población a la mitad, a un tercio. Con tal que triunfe la revolución, su revolución. Pero no hay más que una revolución: la que respeta al hombre, la que no hace sufrir al hombre en



nombre a una idea, la que no mata blancos para felicidad de los negros o negros para felicidad de los blancos. ¿Tan cerca está el hombre todavía de su tradición animal, tribal, sectaria?

Lo único confortador de este atroz drama es que de la boca de los familiares de las víctimas o de los miembros de los órdenes religiosos que se han manifestado sobre la suerte de sus hermanos en religión no ha salido ni un insulto, ni una retinencia, ni la más leve censura contra sus verdugos. Y no sólo porque, como decía la madre María de la Encarnación en "Diálogos de Carmelitas", de Bernanos, no se debe hablar

mal de los verdugos que abren las puertas del cielo, sino porque en el mundo ha madurado la sensatez y se sabe que, si se quiere la paz, no hay que añadir ni una brizna de odio al odio, una víctima justa a otra injusta.

Lo que no impide que en nombre de la más elemental civilización se sea totalmente intrínseco con los sembradores de odios y desconfianzas, con los violadores de la libertad y el espíritu simple de un niño o de un pobre pueblo hambriento, dolorido y hasta quizás drogado o alcoholizado como para una fiesta báquica.

JOSE JIMENEZ LOZANO

La labor del misionero ha tenido, muchas veces, que vencer oposiciones encontradas. Quien marchaba a tierras lejanas, llevado de su celo apostólico, para predicar la palabra del Señor iba en el mismo barco que el comerciante, que el soldado y los encargados de la justicia. Cada cual llevaba su programa específico. El comerciante buscaba el lucro como fuera, el soldado y los administradores estaban encargados de imponer un orden colonial. Y muchas veces, los misioneros se han visto sometidos al fuego de una concentración de intereses interferidos en su esfera espiritual y lo suficientemente apiastantes como para desvirtuar su mensaje. El heroico ejemplo de los religiosos, a veces era contrapuesto por los nativos a la rapacidad, a la codicia, a la ferocidad de otros hombres blancos, de idéntica raza y religión que los misioneros, en un ejemplo lamentable cuyas consecuencias más tristes no iban a tardar en señalarse.

A principios de siglo, el protestantismo y el catolicismo se extienden por todo el mundo. La India, Indochina, el Próximo Oriente reciben miles de misioneros católicos. Por su parte, el protestantismo se extiende también hacia la India, Africa del Sur y la América Latina. Con más efectivos económicos, los protestantes rivalizan con los católicos en la propagación del cristianismo. Pero, como dice un autor, «la utilidad de la intervención política para la defensa de la fe es rara vez discutida». Aquí radican los futuros males. Compañías editoriales inglesas hacen grandes negocios vendiendo Biblias a los nativos, a quienes se les trata como esclavos y se les exige, si no su lectura, puesto que apenas han repasado unos pocos el nivel más primario de la educación, su compra, lo que se traduce en buenos beneficios para los traficantes del área protestante.

Los japoneses recuerdan el «chantaje de la seda y el arcabuz» que algunas sociedades católicas practicaron, dándose el caso de que una firma dedicada a vender opio a los indígenas en Asia utilizara los servicios de un médico misionero protestante.

La defensa de los intereses religiosos es, a menudo, de que se valen algunas naciones europeas para justificar su imperialismo. Todo esto va hacer que el Evangelio, que un puñado de extraordinarios seres predicaban con evidente desinterés, llegue a las conciencias de los nativos mixtificado.

Más dramático es el aspecto de rivalidad nacional que hacia



1900 presenta el mundo. La lucha en los Santos Lugares continúa; en la India luchan aporatosamente misioneros católicos y protestantes, e incluso los mismos católicos están divididos entre sí, como por ejemplo el clero portugués y el francés, y entre miembros de la misma nacionalidad, una orden en frente de otra.

El ecumenismo religioso estaba casi ausente, la religión era apoyada por los países respectivos en pomposas declaraciones, tanto que el misionero había de luchar en condiciones desventajosas, con mucha menor ayuda oficial de la que se cacareaba.

Utilizar la religión, las mismas vidas de quienes todo lo daban por el ideal, en defensa de los más turbios intereses era algo que parecía corriente. Y muchos Gobiernos de hace cincuenta años se lamentaban de la falta de comprensión de muchos religiosos, que hacían causa común con los nativos, en aspectos tan vitales como exigir para los mismos un trato digno, evitando su explotación y ser considerados como bestias.

Los contrabandos que, por el portillo falso de los colonialismos mal entendidos, recibía la religión cristiana iban a perjudicarla a la postre. La sociedad pagancal y bienhechora que las misiones creaban chocaba con la concepción del mundo que estaba naciendo. El industrialismo necesitaba materias primas. Y los científicos aminoraron insospechadas fuentes de riqueza en Africa, en Asia, en la propia América por debajo del Río Grande. El petróleo, los yacimientos de mineral, el caucho, eran necesarios para una industria que entraba con pie firme en la era del maquinismo, la superproducción y la técnica. Había mano de obra barata en los pueblos subdesarrollados bajo tutela, había abundantes recursos y, en definitiva, el trabajador de las regiones sin civilizar no necesitaba el mínimo de atenciones que, mas o menos, el europeo exigía. Hubo explotación y, al tiempo, fue configurándose la estructura social de los pueblos sometidos. Las minas absorbieron abundante mano de obra, así como las factorías que se crearon y los ferrocarriles que había que construir para transportar las mercancías extraídas. El indígena salto desde la tribu a la categoría de obrero industrial, perdiendo su libertad por el mínimo salario que le permitía no morir de hambre.

Las nacionalidades se iban perfilando. Ya muy avanzada la mitad del siglo llegaban a la independencia multitud de nuevas naciones de Africa y Asia. El odio antieuropeo, fomentado interesadamente por extremistas aprovechados, explotaría en sangrientas revueltas. Ese odio irrazonado iba a ofrecer víctimas inocentes; entre ellas, esas vidas consagradas a los demás, como las de los religiosos masacrados recientemente en el Congo.

La mano homicida estuvo alimentada por quienes querían arrasar todo lo que una civilización occidental llevó a aquel país, haciendo tabla rasa de lo más noble y lo más mequino. No hay adjetivos para calificar una acción tan baja y tan miserable. Pero Europa, esa Europa que se rasga las vestiduras ahora, tampoco está libre de responsabilidad.

FERNAN MENDY



«Misión en Francia» fué un libro que causó honda emoción en la conciencia del pueblo francés. No era más urgente acudir a Africa o Asia que restañar las lacras de la vida civilizada del país. Utilizar el nombre de Cristo, soslayando todo lo que el mismo representa, puede ser un fraude histórico. Y el cristianismo ha pagado con creces el desvío de muchos cristianos, que cómodamente habían olvidado al hombre.

MIGUEL ANGEL PASTOR

EL CABALLO DE TROYA

Misión entre nosotros

DESDE siempre se nos ha hecho vivir en la idea de que las misiones tenían algo que ver con las razas. Un hombre blanco podía estar extraviado en su conducta religiosa, pero no era misionable. El celo evangélico se prodigaba sobre negros, amarillos y cobrizos. La misión cristiana se establecía en rincónes donde la civilización no había llegado, actuando sobre las almas y las vidas de gentes que vivían y viven en las más infrahumanas condiciones.

Pero, aunque tarde, se ha llegado a comprender en algunos países que la misión puede estar dentro de casa. Así nacieron los sacerdotes obreros, misionando dentro de los talleres, las fábricas y las minas, y así, también, este siglo nos ofrece hombres de un relieve excepcional como el Abbé Pierre.

El Abbé Pierre ha sabido establecer profundamente las condiciones básicas, sin las cuales la misión en los países civilizados pierde su efecto. La palabra de Cristo no llegará a los corazones de las gentes si antes no se ha hecho todo lo humanamente posible por comprender en su magnitud las necesidades de las mismas, su miseria y la desatención que la sociedad ofrece hacia los humillados y ofendidos. Y en este sentido no caben tibias o sinceras palabras de condolencia, palmaditas en las espaldas y vagos compromisos morales. Es decir, si de verdad se quiere que los demás vivan el Evangelio con toda su alma, adoptar una línea de conducta de verdadero compromiso, cerca de los que sufren, de los que padecen de quienes sienten dardar dentro de ellos la semilla del Sermón de la Montaña, pero que sin embargo están lejos de un cristianismo al que muchas veces han visto como enemigo, debido a que muchos que tienen en los labios el nombre de Cristo han utilizado la religión como palanca para sus propios intereses, han amordazado la voz del ideal y han hecho de la religión una práctica burguesa. «Los que han rechazado a Dios —dice el Abbé Pierre— viven con la mitad del Evangelio que nosotros, los creyentes, hemos arrojado a la basura y ellos han recogido. Han recogido lo que nosotros hemos desdenado, y han desdenado lo que nosotros hemos conservado».

Para empezar, «el hombre que tiene hambre es un hombre que tiene hambre, se crea en el cielo o no se crea», es algo que debiera hacernos pensar más profundamente. El compromiso de la misión en los países que llamamos civilizados, aunque ello también sea válido para aquellos otros que apenas han superado el tribalismo, ha de adoptar un principio un realismo

puede ser, porque el corazón humano está hecho así, que susciten más odio que gratitud».

Los preliminares de la libertad del hombre subyacen en aquellas metas que no son accesibles para las mayorías. El mundo está dominado por el hambre, no sólo el hambre de pan, sino de aquellas otras necesidades, libertad, enseñanza, representación y dignidad que están inscritas en el corazón de los hombres. No es posible que el sentido misionero de las religiones cristianas desatienda el gran mandato. Para hablar de Cristo, y poner en los labios Su Nombre, no son válidas aquellas actitudes desencarnadas del realismo de los seres. Misionar es sin duda un ejemplo; no debe reducirse a un desmenuzamiento catequístico, ni a invocaciones que, a fuerza del uso y del abuso, han perdido su grandeza. Gandhi dijo en cierta ocasión, refiriéndose a las naciones occidentales y cristianas: «Ciertamente han robado mucho, pero quizás nos han hecho más mal con lo que se han llevado. Esta frase, con todo lo injusta que nos parezca, resume parte considerable del pensamiento de aquellos pueblos que han vivido la colonización. El nombre de Dios, transportado por intrépidos hombres que todo lo sacrificaron a su fe, se veía mezclado a las empresas de los mercaderes y las glorias imperiales de las cristianísimas naciones europeas, y el nombre de Dios, asimismo, no es suficiente si dentro de nuestra sociedad occidental, se utiliza vanamente, si quienes lo utilizan guardan cauto silencio, aceptación, pasiva o activa, de la comunidad injusta y menosprecio de lo que el hombre que ha de recibir el mensaje religioso representa».

mo lo suficientemente arriesgado como para saltar, no sólo por encima de prejuicios y prácticas sancionados por el tiempo, sino sobre todo aquello que menoscaba los fundamentos de la dignidad humana. No se puede ofrecer a Cristo, hablando de la otra vida y sus consuelos, a gentes que en esta vida se las pisotea en lo más sensible. El anticlericalismo, las actitudes revanchistas frente a las religiones cristianas y el odio han nacido, muchas veces, de una falta de comprensión. Presentar, a quien sufre por los hombres, a un Dios que también fué víctima, pedir santa paciencia en nombre de una religión es algo que la conciencia de las mayorías no aceptarían en su sentido literal. Personalmente será siempre algo admirable, no hay duda. Pero colectivamente, en tanto subsistan condiciones de vida injustas, mientras unos seres lo tienen todo y otros han de conformarse con las migajas del festín, es algo que los humillados y ofendidos nunca comprenderán.

No se trata, para aliviar la indigencia física de la humanidad, de acudir exclusivamente a las fuentes de la caridad o de la filantropía. La caridad, virtud admirable por otra parte, será siempre el generoso complemento de la más estricta de las justicias. Es cosa que olvidamos a menudo. En este aspecto hay un suceso que nos dice el Abbé Pierre, suficientemente gráfico. «Cuando he ido a Norteamérica, me han dado 15.000 dólares en los Estados Unidos y 15.000 dólares en el Canadá». Yo le dije a los norteamericanos: «No vengo a pedir dinero. Guarden todo eso y utilícelo en socorrer a los desdichados de su país. Mientras no hayan aprendido a darse ustedes mismos, más que a dar sus bienes, por ricos y considerables que sean sus donativos, no servirán de gran cosa. E incluso

NAVIDAD

en Simeón

8 de DICIEMBRE
día de la MADRE

el regalo más preciado para quien merece lo mejor

abrigos reversibles

tweed

diagonales cordón

patas de gallo

abrigos confeccionados

impermeables

gabardinas

por cada compra

regalamos juguetes

EN 22 CIUDADES DE ESPAÑA...

SU DIA DE COMPRAS EN

Simeón

